

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS

LOS LADRILLOS MOJADOS

Si se hacían las tres y treinta y cinco ya llegaba tarde. La última vez que vi la hora eran las tres y veintisiete. Subí la escalera corriendo, la planta de mis pies en la suela de mis zapatos hicieron un torbellino de tambores al golpear cada escalón. Esas cosas mundanas diarias y el trajín del día a día mantienen mi cabeza ocupada. Algo que agradezco porque me impiden pensar en otras cosas. Las botas de lluvia, la campera y la mochila. Salí de mi casa y el airecito corría fresco entre las calles del barrio. Se veía el cielo claro porque las casas aún son chatas, y la civilización todavía deja esos recovecos despejados que permiten ver el sol. La resolana estaba celeste y amarilla a la vez. Los charcos humedecían el asfalto y la vereda.

Salí antes de las tres y treinta y cinco porque llegué justo y pasó el colectivo que me llevaba. Conseguí asiento y paseé con mi mirada por la ventana empañada.

El día que era claro calmó su ímpetu y dejó a las nubes pasearse. A veces, la ciudad es una palabra muy fuerte para algunas personas... muchos escritores no tienen respeto. Las nubes proyectaron sus sombras pero sin dejar ir la luminosidad de las tres y media de la tarde. Luego, el semáforo tocó en rojo en una esquina, se detuvo el ómnibus, se detuvo el tiempo.

Yo venía paseando al ritmo de su recorrido, y mi paseo también se detuvo. Una casa mostraba el rojo de sus ladrillos muy fuerte por la tenacidad de la lluvia. En realidad quiero decir que detuve mi mirada en los ladrillos, había una acumulación de ladrillos sobre la vereda, cerca de otra acumulación de arena. Ambas colinas de acumulaciones estaban ahí, húmedas, y consecuentemente sus colores estaban distorsionados y yo sonréí. No pensé en nada, pero mi vista se agudizaba y paseé también entre los ladrillos y los pedazos rotos que pierden su forma de prisma para parecerse un poco más a las piedras. Subí con mi mirada por una escalerita pequeña que formaron unos cuantos pedazos.

Sobre un ladrillo mojado había un ser muy pequeño, parado, alzando su mano, mirándome. De pronto detuve mi mirada más sagazmente, aún no comprendía. Me saludó un rato largo y yo no respondí porque ante esas cosas uno nunca sabe qué responder. Y también, la verdad es que ante esas cosas uno es casi siempre un mal educado. No pude distinguir sus facciones y hubiese amado poder hacerlo para registrar la cara de su gesto amable. Salieron otros pequeños hombrecitos de atrás de otros ladrillos, uno era aún más pequeño que el resto, parecía un niño. Todos alzaron sus manos saludando, y yo veía agitarse sus brazos. El motor del ómnibus comenzó a vibrar, y de pronto estaba avanzando. Abandoné la mirada serena y con la mano los saludé rápido, antes que se acabara el tiempo. Noté en sus caras un gesto de alegría. Sus siluetas pequeñas me hacían sonreír y sus viviendas rojas mojadas creaban un recuerdo de niñez austero y hermoso.

Arrancó el colectivo y la vida siguió su cauce, como el recorrido.

- Paz Herrera -

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC